

MIS RECUERDOS DE LA TOMA DE "HUASCAR"*

Me propongo apuntar aquí mis recuerdos desde un año antes del combate de Angamos, porque ellos ponen de relieve la actuación del comandante Latorre, aprehensor del *Huáscar*, que le dio méritos para que el Gobierno le confiara el mando del *Cochrane*, primer buque del país y único que por el estado de sus fondos y de su maquinaria estaba en condiciones de dar caza y batirse con el monitor peruano.

Durante todo el año 1878 se dejaron oír ruidos de armas del lado argentino y en previsión de lo que pudiera suceder se encontraba de avanzada en el Estrecho la cañonera *Magallanes*, al mando del capitán de fragata don Juan José Latorre, y a cuyo bordo servía yo en calidad de teniente 2°. Disipadas un tanto las nubes borrascosas que se veían venir de ultra cordillera, recibí orden de explorar el interior de la isla grande de Tierra del Fuego, desconocida hasta entonces, y ocupada por indios que tenían reputación de ser bravos y muy salvajes.

El 1° de enero de 1879 la *Magallanes* me desembarcó en esa isla con 13 hombres; al día siguiente me interné en ella y dos días después ese buque regresaba a Punta Arenas para emprender la exploración del golfo de Skyring y de la Patagonia oriental.

El rompimiento de nuestras relaciones con Bolivia obligó a la *Magallanes* a regresar rápidamente al norte a fines de febrero, dejándome entre los indios de Tierra del Fuego, de donde salí venciendo grandes dificultades para seguir al norte a reunirme con mi buque en Valparaíso y seguir después a establecer el bloqueo de Iquique en unión con toda la Escuadra.

En septiembre la *Magallanes* regresó a Valparaíso, después de haber hecho toda la campaña con relativa buena suerte, pues en Chipana nos habíamos batido con la *Unión* y la *Pilcomayo* y rechazamos el ataque de esos buques que habían creído obra de un momento apresarse a la *Magallanes*, pues cada uno de ellos, especialmente el primero, le era muy superior en fuerza y velocidad; nos habíamos batido solos con el *Huáscar*, en la noche del 10 de julio, en la rada de Iquique, y habíamos conseguido quitarle al *Matías Cousiño*, que era ya de su presa; habíamos defendido dos veces al puerto de Antofagasta de los ataques del *Huáscar* y habíamos perseguido tres veces a este monitor, acompañando al *Cochrane* o al *Blanco*, y regresábamos a Valparaíso, no por demanda de descanso sino porque los hombres de gobierno, aleccionados por una amarga experiencia, deseaban conocer personalmente al comandante de la *Magallanes*, examinarlo de cerca y confesarlo militarmente antes de confiarle el mando del *Cochrane*, buque en el que el Gobierno tenía cifradas sus esperanzas mejor fundadas.

Por esos días el *Cochrane* concluía en Valparaíso la reparación de sus máquinas y la limpieza de sus fondos y se nombraba comandante de él al capitán de fragata don Juan José Latorre, quien pidió para su nuevo buque algunos de los oficiales y gente de mar que lo habían acompañado en la *Magallanes*, siendo yo uno de ellos.

* Artículo publicado en el diario *La Nación* el 8 de octubre de 1922, escrito por El Teniente Ramón Serrano Montaner, a bordo del *Cochrane*, que publicamos por iniciativa y aporte de nuestro colaborador don Pedro Sapunar Peric.

Tan pronto como el *Cochrane* estuvo listo salimos para el norte para juntarnos con el *Blanco*, la *O'Higgins*, la *Covadonga*, el *Loa* y el *Matías*, y todos juntos, bajo las órdenes del Almirante Riveros que llevaba su insignia en el *Blanco*, salimos para Arica en busca del *Huáscar*, resueltos a concluir con él bajo los cañones del Morro o donde lo encontrásemos.

El 5 de octubre estábamos frente a Arica, y como no encontrásemos allí al *Huáscar* y recibiésemos noticias de que junto con la *Unión* andaba merodeando en las costas de Chile, el almirante dispuso que inmediatamente avanzase hacia el sur una división de los buques más fieros, compuesta del *Cochrane*, *O'Higgins*, y *Loa*, en protección de los puertos de Chile y persecución del *Huáscar*, y así se hizo.

A medianoche del 6 esta división fondeaba en Mejillones, e inmediatamente recibí orden de ir a tierra a pedir noticias del *Huáscar* y comunicar al Gobierno el resultado negativo de la expedición a Arica y la presencia de esta división en la bahía, en espera de sus órdenes.

Al desembarcar en el muelle fui recibido por varios oficiales de zapadores, ansiosos de noticias, los que me condujeron a la carpa del jefe de su cuerpo, don Ricardo Santa Cruz, amigo de la infancia, y como yo, oriundo de Melipilla; luego llegó el jefe de la Plaza, don Domingo Toro Herrera, a quien di cuenta de mi misión y regresé a bordo llevando para el comandante Latorre la orden emanada del Ministerio de esperar instrucciones del Gobierno.

Al amanecer del 7 llegó el buque almirante con la división pesada, y todo el día se ocupó en combinar con el Gobierno un plan de operaciones para atrapar al *Huáscar*, al que se había visto el día antes frente a Chañaral. Combinado este plan, la división pesada salió hacia el sur al anochecer y a media noche zarpó la división ligera a cruzar a 20 millas al poniente de punta Angamos, que forma por el occidente la gran bahía de Mejillones.

A las 6 y media a.m. del 8 principié a sentir, desde la pieza del baño, gran movimiento en la gente de cubierta y voces que decían: ¡El *Huáscar*!!! ¡El *Huáscar*!!, y algunas otras de los ex tripulantes de la *Magallanes*, que aludían al *Huáscar*, y a los malos ratos que nos había hecho pasar a bordo de la *Magallanes*.

Salté a cubierta y pude apercibirme que se divisaban dos humos hacia el sur y que el *Loa*, que se encontraba más cerca de ellos, había anunciado ser buques enemigos. Se veían también más al sur, los humos de la división pesada que perseguía al *Huáscar* y a la *Unión*.

El comandante, que se encontraba ya en cubierta, había puesto proa a tierra y dado toda fuerza a la máquina para salir al atajo a los buques peruanos e impedir su escapada hacia el norte, y mientras tanto el *Loa* ponía proa al sur para completar el semicírculo que impedía la escapada del *Huáscar*, al poniente.

El *Cochrane* se encontraba con su gente haciendo la limpieza general del buque y con las camas de la tripulación colgadas en las jarcias para su ventilación, pues no esperábamos que tan pronto diera resultado el plan convenido; pero el contento de la gente era tan grande que todos volaban para ejecutar lo que a cada uno correspondía hacer para poner al buque en son de combate, y antes de cinco minutos el *Cochrane* estaba listo para romper el fuego.

Luego, después de las ocho, notamos que la *Unión*, aprovechando su magnífico andar, abandonaba al *Huáscar* a su propia suerte, y forzando su máquina trataba de escapar hacia el norte. Notado esto por el comandante Latorre, me ordenó poner a la *O'Higgins* la señal de atajar a la *Unión*, orden que cumplí poniéndole la señal de "empeñar combate con la *Unión*", señal que me fue contestada con la de inteligencia.

Dejemos a nuestros buques corriendo a atajar a los peruanos y a estos reventando sus máquinas para escapar hacia el norte, y veamos lo que sucedía a bordo del *Huáscar*, según la versión de los oficiales caídos prisioneros.

A las tres y media de la mañana el *Huáscar*, en convoy con la *Unión*, había avistado al *Blanco* en convoy con la *Covadonga*, a la altura de punta Tetas, frente a Antofagasta, e inmediatamente había huido con rumbo al s.o. El *Blanco* lo siguió sin forzar su máquina a fin de permitirle hacer rumbo al norte, cuanto antes, y de ese modo el *Huáscar* pudo cambiar su rumbo sin peligro hasta quedar con su proa al norte, y entonces el almirante Grau, creyéndose seguro, pues el *Blanco* quedaba muy distanciado, hacia el sur, se retiró a descansar a su camarote.

A las 7 y medía a.m. se le avisó que se divisaban tres humos hacia el N.O., lo que lo indujo a volver a cubierta y luego reconoció que tenía por delante tres buques enemigos encabezados por el otro de los blindados chilenos, los que forzaban sus máquinas para cortarle su escapada hacia el norte, sin que pudiera discernir cuál de nuestros blindados era el que tenía por delante ni cuál el que había dejado por la popa, o que continuaba persiguiéndolo.

Desde ese momento, Grau se paseaba solo en el alcázar de su buque sin hablar con nadie y sumergido en una discusión de sus propias ideas. Indudablemente que entonces ha debido reflexionar sobre el partido que debía tomar para salvar su buque y ha debido ver claramente que se le presentaban dos caminos que seguir, uno era abrirse paso hacia el norte con su espolón, dirigiéndose directamente sobre el *Cochrane*, lo que le permitiría batirse con armas iguales, presentar poco blanco a la artillería enemiga y resguardar mejor las partes vitales de su buque, como eran la caña y guardines del timón y su propia torre, que quedaría al abrigo de la torre de combate. Jugaría así el todo por el todo pero el éxito de ese espolonazo decidiría de la suerte de su buque y tal vez del resultado final de la batalla: sabía que las condiciones marineras de su buque se prestaban para la ejecución de este plan, pero se necesitaba también mucho nervio, mucha destreza en el manejo de su buque, y mucha tranquilidad de espíritu. El otro partido era confiar su suerte al andar de su buque y escapar hacia el norte, aunque se corriera el albur de recibir algunas balas de los chilenos. En favor de este plan tenía la superioridad del andar de su buque sobre el del *Cochrane* y el del *Blanco*, ya comprobada en otras ocasiones. El ignoraba el resultado alcanzado en Valparaíso con las reparaciones del *Cochrane*.

Sumergido en estas reflexiones, vio impasible que la *Unión* tratase de escapar dejándolo solo en la refriega; tal vez pensó que su ayuda sería ineficaz y no daría otro resultado que la pérdida de ese otro buque.

Tomado ya su partido, y como el *Cochrane* había avanzado bastante para cortarle su camino, hizo tocar zafarrancho de combate, y cuando la marinería iba a cubrir los dos cañones de a 40 que tenía a popa sobre cubierta le ordenó retirarse, porque esos cañones eran inútiles para el caso actual, y en seguida se dirigió a su torre y mandó forzar la máquina y romper el fuego sobre el *Cochrane*.

Seguramente que en estos momentos Grau creyó escapar, porque su rumbo estaba siempre al norte y el *Cochrane* le demoraba ya por la cuadra, y era natural suponer que en poco rato más el *Cochrane* quedaría por su popa y su camino expedito para correr al norte y escapar como había escapado otras veces; pero el *Cochrane*, que hasta entonces se había mantenido silencioso a pesar de los repetidos disparos del *Huáscar*, rompió el fuego y uno de sus proyectiles, penetrando el blindaje en las vecindades de la torre, puso 12 hombres fuera de combate y otro fue a romper los guardines de la rueda del timón, obligándolo a

gobernar con aparejos manejados en la cámara del comandante, a donde era menester transmitir a la voz las órdenes para el timón, por un pasillo estrecho que se llenaba a cada paso de escombros y cadáveres. Desde ese momento el buque estaba perdido, pues su gobierno, extremadamente defectuoso, no le permitía hacer uso del espolón ni escapar por ninguna parte, y le quitaba las ventajas de su mejor andar, y por otra parte, el combate a cañón le era muy desventajoso. Pero el *Cochrane*, continuaba disparando y momentos después una de sus granadas estallaba en la torre del comandante y hacía volar a éste, en tal forma que nunca se supo de él y la misma granada que lo mató también mató a su ayudante, el teniente Ferrer, que se mantenía a sus pies, debajo de la torre, para transmitir sus órdenes. El buque quedó sin jefe y sin timón, y siguiendo su tendencia natural cayó a estribor e hizo rumbo a tierra hasta que pudo enmendarse la avería.

* * *

Volvamos a ver lo que pasaba en los buques chilenos:

Dejábamos al *Cochrane* corriendo hacia el *Huáscar* en el momento en que la *Unión* se escapaba hacia el norte. Luego, estando el *Huáscar* a 3.400 metros, este rompió sus fuegos sin resultados; pero hubo un momento en que el *Cochrane* paró repentinamente su máquina en el instante preciso en que una bala del *Huáscar* chocaba en su línea de flotación, lo que alarmó al comandante Latorre, quien dirigiéndose a mí me dijo: "Nos han malogrado la máquina. Vea lo que sucede"; corrí a la máquina y ya el ingeniero Mac Pherson venía a mi encuentro para decirme: "No es nada: hay ebullición en los calderos y he cerrado la válvula de cuello; pero en un minuto más andaremos mejor que antes", y así sucedió.

El *Cochrane* gobernaba directamente sobre el *Huáscar* y distaba de él sólo 2.200 metros. El comandante ordenó entonces romper el fuego, el que resultó eficaz desde los primeros tiros. A los pocos disparos, el comandante me ordenó recomendar al teniente Simpson, jefe de la batería (hoy almirante en retiro) que dirigiese sus punterías preferentemente a la torre del comandante, y al dar cumplimiento a esta orden Simpson me contestó "Ya lo hemos hecho y creo que hemos acertado". Efectivamente, Grau había volado ya.

¡¡Caprichos del destino!!, murió destrozado a dos pasos del lugar donde habían caído sus dos víctimas: El capitán Prat y el teniente Serrano Montaner, y su cadáver corrió la misma suerte que el del insigne Cucalón!!

Momentos después el *Huáscar* hizo rumbo a tierra, lo que nos indujo a pensar que se iba a varar para destruir el buque antes de entregarlo; pero luego volvió su rumbo y su torre continuó disparándonos. Desde entonces el gobierno del *Huáscar* nos pareció muy extraño, y la causa, ignorada por nosotros, era que teniendo que gobernar con aparejos desde la cámara del comandante, que teníamos directamente bajo el fuego de nuestros cañones pues navegábamos por la aleta de babor del *Huáscar* y paralelamente a él a tiro de revólver, le metíamos nuestras balas una tras otra, poniéndole fuera de combate a la gente de los aparejos y dejando el buque sin gobierno a cada momento. Fue así como el *Huáscar* dirigió su proa sucesivamente a cada uno de los buques que lo combatían sin que en realidad tuviese intención de espolonear a ninguno, pues no estaba en aptitud de hacerlo y habría sido un desatino intentarlo, a causa de su mal gobierno.

Encontrándose ya en tal difícil situación, entró en acción el *Blanco*, tratando de espolonearlo y multiplicando los golpes al monitor. Por fin, el *Huáscar* se rindió: arrió su bandera, paró su máquina y cesaron sus fuegos. Eran las 10 horas 55 minutos de la mañana.

Desde la desaparición del almirante Grau, el *Huáscar* había combatido, casi sin dirección, sea por las dificultades que ofrecía el manejo de su timón, sea por la falta de una cabeza capaz de dominar las circunstancias; pero la torre del *Huáscar*, dirigida por el teniente Palacios, combatió siempre con toda energía y perfecta dirección; y hay que reconocer que después de la muerte de Grau ese oficial fue el alma del combate y de la resistencia, y fue menester que estuviese muy desangrado por las 18 heridas que tenía en su cuerpo, como se constató después, y que el espíritu de la tripulación se encontrase completamente abatido para que se resignase con su mala suerte.

Inmediatamente que el *Huáscar* arrió su bandera, el *Cochrane* arrió uno de sus botes, que al mando del teniente Simpson y llevando al teniente Rogers, el ingeniero 1º señor Mac Pherson y varios mecánicos, fogoneros y marineros, se dirigió a tomar posesión del *Huáscar*, siendo recibido por sus tripulantes con los brazos abiertos y pidiéndole perdón, lo que indujo a Simpson a reconvenirles y a decirles que desde ese momento nada tenían que temer por sus vidas. Luego se incorporó a ese grupo de gente el capitán señor Ugarteche, que parecía recién salido de las carboneras, diciendo: "¡El *Huáscar* no se ha rendido! ¡Hay fuego en la santabárbara y el buque va a explotar!", a lo que Simpson le contestó con una expresión netamente chilena, agregando "¡Volaremos todos!". Nadie se embarca en el bote y mandó que éste se retirase del costado. En seguida ordenó al teniente Rogers fuese a ver lo que había de verdad, y este teniente encontró que todo lo que había era un principio de incendio en la torre, el que fue apagado inmediatamente con la ayuda de los marineros peruanos.

Después de un activo trabajo para enmendar provisionalmente las averías sufridas, el *Huáscar* se puso en movimiento con su propia máquina y con rumbo a Mejillones, bajo el mando del capitán de corbeta don Guillermo Peña, nombrado comandante del buque, y a las 3 y media de la tarde fondeamos en Mejillones, junto con los dos blindados, el *Covadonga* y el *Matías*.

La *O'Higgins* y el *Loa*, empeñados en la persecución de la *Unión*, no regresaron hasta la mañana siguiente.

En este día desapareció todo peligro para Chile y la guerra quedó virtualmente ganada.

* * *